

ELENA CORREA

Niñas sucias

ÍNDICE

Las niñas sucias, 11
La cabeza, 17
Mujer tenías que ser, 27
Los ingleses, 39
2054, 57
Los alemanes, 61
Despiece, 85
Gata negra, 93
Bestias, 101
La vieja, 107
Ojos, 113
La vendimia, 131
Agradecimientos, 139

A mis abuelas.

Porque a fin de cuentas lo que importa no es lo real, sino lo verdadero.

Mónica Ojeda

Nunca nos olvidamos de esa mirada y de esa chica.

Nadie le iba a hacer daño, de eso estábamos seguras: si alguien podía ser dañino, era ella.

Mariana Enriquez

LAS NIÑAS SUCIAS

TODOS LOS DÍAS QUEDAMOS al salir del colegio. Comemos rápido, hacemos la tarea, nos ponemos un chándal viejo y nos encontramos en la plaza del pueblo. Recorremos los alrededores; entramos en el camino de las pencas y raspamos la cochinilla. Machacamos esos insectos contra las piedras hasta que forman un amasijo rojo del color de la sangre. Nos pintamos las uñas y los labios. Si alguna trae un Nenuco viejo y desgredado, le dibujamos lágrimas rojas con ese amasijo colorado. Llevamos tomates maduros y se los echamos a los lagartos, que chillan mientras los devoran.

A veces hacemos un tejo grande en la plaza de la iglesia y brincamos a la soga. Las viejas nos miran: siempre estamos llenas de mierda, con los pelos rebujados y los pies descalzos. Cuando llegamos a casa por la noche, nuestras madres nos pegan con una vara de palmera seca. Con el culo encarnado nos vamos a la cama y deseamos que llegue el día siguiente para vernos en el colegio.

Las estaciones pasan, pero el tiempo siempre es el mismo: el sol nos tuesta todo el año y estamos tan morenas que nos confunden a unas con otras. Los fines de semana nuestros padres nos dejan ir a la playa, que se vacía en otoño, invierno y primavera. Las olas rompen en nuestras canillas y jugamos a ahogarnos hasta que estamos a punto de perder el conocimiento. Nos secamos en la orilla y luego nos lamemos unas a otras la sal de los brazos y de las piernas hasta que se quedan unos caminitos húmedos en la piel reseca.

Cuando llega el verano, el pueblo cambia. El sol quema con más fuerza, se acaba el colegio y las calles se llenan de niñas rubias. No las entendemos, ni a ellas ni a sus padres. Hablan en otro idioma, tienden sus toallas en la primera fila de la playa y pasean por la plaza de la iglesia. Borran las marcas del tejo con sus sandalias de purpurina.

—¡Hola! ¡*Jelou, jelou!* —dice una de nuestro grupo que siempre sonríe a todo el mundo. Tiene las paletas torcidas y amarillentas. Su madre, Carmita la peluquera, las tiene iguales. Les enseña un Nenuco con las greñas trasquiladas; intenta dárselo a una niña rubia que lo tira al suelo y se limpia las manos en su falda rosa.

—¡Buah! ¡*Sucks!* —grita la niña, y todas se ríen de manera escandalosa, como si fueran lagartos comiéndose tomates maduros. Salen corriendo y repiquetean sus sandalias nuevas en los adoquines calientes.

Las madres se ponen nerviosas, los padres salen más a pescar. Los bares se llenan y las calles también. El calor es asfixiante y no podemos ir descalzas. ¿Qué va a decir toda esa gente de ustedes? ¿Que son unas salvajes?, dicen nuestras madres mientras nos ponen unas cholas viejas que nos hacen daño entre los dedos. Ahora ya no podemos quedar después de comer porque tenemos que coger huevos, ir a ayudar al bar de la esquina, barrer la entrada de nuestras casas y ayudar a las viejas a hacer dulces para venderlos por el pueblo.

Las niñas rubias parecen las *barbies* que vemos en los escaparates de las jugueterías. Cada vez que pasamos por delante de ellas, les hacemos un corte de mangas. La de las paletas torcidas sonríe y las saluda agitando la mano. La empujamos y a veces la agarramos por las greñas oscuras. Antes, le iba con el cuento a Carmita la peluquera. Entraba a la peluquería chillando a grito pelado, con las lágrimas cayéndole por la cara sucia. Ya no llora ni se queja: está acostumbrada. Si nos ven los vecinos por la calle, se lo dicen a nuestras madres para que nos peguen con la vara de palmera.

—No nos gustan las *barbies* —decimos un día mientras le cortamos el pelo a un Nenuco viejo con unas tijeras de cocina.

La de las paletas torcidas intenta siempre guardar uno, esconderlo para que no le cortemos la melena. Quiere conservar su pelito rubio a buen recaudo, como si fuera el bebé de una de las niñas rubias. A veces nos pasamos horas escondidas en los corrales de las cabras, aunque haya moscas, hormigas y lombrices. Calladas, hablamos entre susurros, para que nadie nos descubra, para no tener que ayudar en el bar o limpiar el pescado que traen nuestros padres.

Los viernes por la tarde, los hombres colocan banderines de colores en la plaza: los sábados hay baile y viene una orquesta. Los padres y las madres de las niñas rubias beben sin parar. Los domingos nuestras madres no nos dejan salir a la calle hasta por la tarde porque los hombres rubios siguen en la plaza de la iglesia, gritándose unos a otros, vomitando en las papeleras y meando en los árboles. Las niñas rubias hacen castillos en la arena negra.

Sus cuerpos flacos y blancos destacan en nuestra playa. Juegan con Nenucos limpios que llevan bañadores de colores pastel. Se meten todas juntas en el agua agarradas de las manos. Nosotras miramos desde el paseo, porque cuando las rubias están en la playa, nuestras madres nos prohíben bañarnos. Por la tarde, las niñas rubias comen helados de fresa, de chocolate o de vainilla de la heladería del paseo. No se les derriten ni les chorrean por las manos. Las miramos con la frente sudorosa y ellas nos sacan la lengua, que tiene el color de los helados.

El verano pasado, una niña rubia se separó del grupo, vino con nosotras y jugamos a las ahogadillas con ella. El mar estaba revuelto. Cada vez que sacaba la cabeza, apretábamos fuerte hasta el fondo. Queríamos que se pinchara los pies con las rocas picudas. Queríamos que la sal le entrara por la boca, la nariz y los pulmones. No le daba tiempo a gritar ni a hablar, ni siquiera podía abrir los ojos.

—¡Paren! ¡Paren! —chilló la de las paletas torcidas. Lo dijo tan alto que la marea no tapó sus gritos.

LA CABEZA

SI QUIERES CONOCER A alguien solo tienes que observar su ropa tendida, esa que deja secar en las cuerdas tiesas del patio durante días enteros o incluso semanas.

Todos los sábados y domingos me despertaba a las siete de la mañana aunque no sonara el despertador. Me servía un café caliente y observaba aquellas cuerdas llenas de sábanas, pijamas, calzoncillos y bragas. En la primera, se mecían calcetines desparejados de distintos colores, a rayas y con puntos, blancos deportivos con ejecutivos negros. Había una línea llena de ropa interior, con encaje, sin encaje, negra, roja. Otra con pijamas de colores, bragas deshilachadas y calzoncillos largos. Ese patio interior y oscuro era una pequeña ventana a la vida cotidiana, en una ciudad llena de personas, tan solitaria y vacía.

Cuando salía a pasear los fines de semana y coincidía con algún vecino en el portal, intentaba relacionarlo con alguna de las cuerdas. Me lo imaginaba con los calcetines raros, los calzoncillos viejos o las camisetas con agujeros. También aprovechaba esos ratos al aire libre para llamar a mi madre.

—¿Mamá? ¿Qué tal?

Ella escuchaba el barullo de las calles abarrotadas de gente. Siempre me inventaba que iba a tomar algo con una amiga, que tenía una fiesta en la casa de algún compañero de la oficina o que estaba muy liada y solo la llamaba para saludar.

—Hija, es que no paras.

—Ya ves, mamá. Ahora me voy al cine con un amigo del trabajo.

—A ver si te vas a enamorar de algún chico de esos cosmopolitas.

Y yo me reía imaginándome aquella estampa. No le decía que me encantaría que eso sucediera, que me gustaría volver al pueblo con uno de esos tíos con camisas de cuadros y la barba acicalada.

—Ay, cariño. ¡Qué ganas de que se te quite la fiebre de la gran ciudad y vuelvas al pueblo! ¡En esos sitios la gente acaba fatal de la cabeza! —decía siempre antes de colgar.

A veces tenía alguna cita. Estaba registrada en varias aplicaciones de búsqueda de pareja. Me entretenía tanto hablar con desconocidos desde el sofá de mi casa como observar la ropa tendida de los vecinos. Luego llegaba el momento de quedar. Tomar algo, dar un paseo, ir al cine. Siempre planes similares. Solían ser ratos en los que me evadía del ruido de las calles.

La mayoría de citas eran decepcionantes. Las ciudades están repletas de personas que se esconden detrás de fotos llenas de filtros. Quedé con chicos extraños que criticaban la ciudad, pero llevaban sin salir de su barrio desde hacía diez años. Algunos me preguntaban la talla de sujetador nada más sentarse a la mesa. Otros elegían películas de terror gore simplemente para que me tapara la cara en sus hombros y así tratar de meterme mano. Nunca sabías lo que te ibas a encontrar, y me daba cuenta de que los intelectuales cosmopolitas que decía mi madre solo estaban en las series de televisión y de que los chicos de las ciudades eran mucho más raros que los de mi pueblo.

Pero allí, en mi pueblo, no podía tener ese tipo de citas. Ni en el mío, ni en el de al lado, ni en los del resto de la comarca. Con todos esos conocidos, amigos de no sé quién, primos de no sé cuánto. Cada vez que quedaba con algún chico de la zona, se enteraban mis tías, mi madre y hasta la dependiente de la farmacia. Al día siguiente, tenía que aguantar sus preguntas. ¿Fue todo bien? ¿Vas

MUJER TENÍAS QUE SER

ESCOGE EL COHECITO DE color rosa. No, el azul no, que es de chicos. La cenefa de la habitación tiene ositos en tonos pastel, deben hacer juego con la sábana y la colcha. ¿Cómo le vas a regalar un peto? Mejor un vestido. ¿Que si le voy a hacer los agujeros en las orejas? ¡Pues claro! ¡Como a todas las niñas!

¿Qué princesa quieres ser, cariño? Ese disfraz no, que es de niños. ¿Cómo vas a disfrazarte de Spiderman? Elige mejor a Blanca-nieves o a La Bella Durmiente. No llores, que te pones fea. ¿Quieres que todas las niñas del cole se rían de ti porque vas disfrazada de superhéroe? Espera, que te limpio los mocos.

Venga, aprovecha que estamos aquí para hacer la carta a los Reyes, cielo. ¿Un Action Man? ¿Un Scalextric? ¡Pero si eso es lo que pide tu hermano! Tú apúntalo en la carta que ya los Reyes elegirán. Vamos por este pasillo. ¿No te gustan las muñecas? Mira qué lindos los Nenucos. Toma, acúnalo. Ves, así como una mamá. ¿Y esta *barbie* con su *pony*? Mira qué pelo más rubio, como el tuyo. A ver, cielo, no te limpies los mocos con la camiseta. ¡Mira cómo te has puesto! ¿Ves que el resto de niñas hagan eso? Las señoritas se limpian con pañuelos, no con las mangas.

Siéntate recta. Los codos fuera de la mesa. Las piernas cerradas. No, mejor cruzadas. Barbilla alta. Saca pecho. No andes así, vaya ruido haces, pareces una apisonadora. No sorbas la sopa. No te toques ahí abajo, las niñas no hacen eso. Colócate bien la servilleta que te vas a manchar el vestido.

¿Y tú de mayor qué quieres ser? ¿Informática? ¡Pero si se te dan fatal los números! Además, es una carrera de chicos. Ya verás cuando llegues a la facultad y no tengas ni una amiga. ¿No prefieres ser enfermera? ¿Trabajadora social? ¿Maestra? No hay nada más bonito que cuidar de los demás. Ya verás cómo cambias de opinión cuando crezcas. Estudiar informática es demasiado para ti, cielo.

Hola, soy Sara. Me gusta tu vestido, mi madre me regaló uno muy parecido. ¿Te apetece saltar a la comba con nosotras? Venga, tú primero. ¡Qué mal se te da! Saltas peor que un chico. Casi se te ven las bragas. No, no nos estamos riendo de ti. Es que es gracioso, a todas se nos da bien este juego menos a ti. ¿Prefieres que juguemos al tejo? ¿A los cochecitos? Pero si nosotras no tenemos. ¡Qué marimacho eres!

Cariño, ¿no prefieres apuntarte a clases de piano? Es que en el equipo de fútbol solo hay chicos. Son unos brutos y te van a hacer daño. Luego vendrás llorando como cuando Juan te tiró del pelo. Si ya te lo dije, eso es que le gustas. ¿Qué tal gimnasia rítmica? Tu amiga Sara también va a esas clases. Así no vas sola. Anda, anda, ¿pero si en todos los cumpleaños bailas y se te da muy bien? Venga, eso o *ballet*. Ya verás qué guapa vas a estar con el tutú rosa. ¡Vas a parecer una princesa!

No seas tan bruta. No pongas esa cara. No levantes la voz. No escupas en el suelo. No mastiques chicle así. No llores, con lo guapa que eres. No te pongas esa ropa, pareces un chico. Ni se te ocurra cortarte la melena, con lo bonita que la tienes. No juegas mal para ser una niña.

¿Quieres ir al baile con tus amigas? ¿Vais todas juntas? Mejor le digo a tu hermano que te acompañe. Es que no me gusta que vayas sola de noche. ¿Te vas a poner eso? ¡Ni se te ocurra! Es demasiado corto. Es mejor insinuar que enseñar. Toma, mejor ponte este vestido con estos zapatos. Mira qué guapa, cariño. ¿No te pones un poquito de colorete? Maquillada estás muy mona. ¡No te muerdas las uñas! Tampoco pasa nada si te rozan un poquito los zapatos. Mi

abuela siempre decía que para presumir hay que sufrir. Por favor, llámame cuando tengas un rato para saber que estás bien. No te separes de tus amigas. Ni se te ocurra beber, ¿me oyes?

Pintalabios. Colorete. Rímel. Zapatos de tacón. Perfume. Pelo arreglado. Uñas largas. Fuera ojeras. Adiós estrías. Sonríe, que estás más guapa.

Tía, pareces un putón. ¿De dónde has sacado esa falda? Joder, yo también quiero una. ¡Qué fuerte! ¿Te has cambiado en la calle para que tu madre no te viera? Flipo, tía. Mira, ese te está mirando. Normal, se te ven todas las tetas. Yo siempre me digo: Sara, más vale que te tomen en serio por tu inteligencia, no por enseñar demasiado. Tía, Luis me está sonriendo a mí. ¿Tú crees que si me lío con él van a pensar que soy una guarra?

Pero, ¿cómo se te ocurre llegar así? ¡No me has llamado en toda la noche y encima vienes borracha! ¿Y el vestido que te di? ¿De dónde sacaste esa minifalda? ¿Y ese top? ¡Qué vergüenza! ¡Pareces una cualquiera! ¿Te parece bonito? Ya verás cuando se entere tu padre. ¡Ni se te ocurra protestar! No vuelves a salir con tus amigas y punto.

Espera a que él te escriba. No le digas eso, se va a cabrear. Verás como te deja. Si te lías con él tan pronto, se va a aburrir de ti rápido. Si tardas tanto en liarte con él, va a pensar que eres una mojigata. No le pidas tú salir. Va a pensar que estás desesperada.

Menos mal que se te quitó lo de la informática de la cabeza. Ya te dije cuando eras pequeña que esa carrera no era para ti. ¡Con lo bonito que es dedicarse a los demás! Vas a ser una trabajadora social estupenda. Los números siempre han sido cosa de hombres. ¿Te quieres apuntar a la autoescuela? No sé yo, cariño. Yo no tengo carné y aquí estoy. Me lo quise sacar cuando os tuve a ti y a tu hermano, para llevaros al cole. Tu padre siempre dice: mujer al volante, peligro constante. Sus razones tendrá. Ya verás cómo encuentras algún chico en tu facultad que te alcance a las clases. Bueno, ya lo hablaremos. Claro, es que tu hermano es mayor que tú y además necesita el car-

LOS INGLESES

EL SOL SE REFLEJA en el agua de la piscina. En el fondo azul de baldosas, una tortuga dibujada. Todo huele a cloro y a lejía. Los jardines están llenos de flores bien cuidadas. Las tumbonas están alineadas alrededor de la piscina. Esperan a los cuerpos blancos, el protector solar y las cervezas derramadas en el suelo. Ella pasa la fregona de tanto en tanto y mira el agua limpia. A las nueve de la mañana ya le resbalan gotas de sudor por el pecho. El uniforme blanco está mojado. Recuerda lo que le dijo la madre mientras podaba los rosales del jardín: Pues si no quieres estudiar, a limpiar a los hoteles. Eso es así, mi niña.

Las compañeras, todas mayores que ella, salen con los carros llenos de ropa de cama. La primera vez que llegó al hotel le sorprendió la blancura de las sábanas, el olor a suavizante y las habitaciones impecables antes de recibir a los huéspedes.

Todas cuchichean y de vez en cuando se ríen. Ella las escucha con atención.

—El precio de la guagua ha vuelto a subir —dice una mientras limpia un vómito de la moqueta.

—Pues que nos paguen más —dice otra sacando de la habitación bolsas llenas de botellas de cristal.

Las demás resoplan ante la ocurrencia de la mujer. Ella, tan joven, no entiende nada. Ni las risas ni las preocupaciones. Solo quiere que el día pase rápido para coger la guagua y volver al pueblo. Y contarle a la madre lo menos posible sobre su trabajo mientras

la escucha decir: Yo te lo dije, pero no querías estudiar. Pues ahí tienes. Y como todas las tardes, marcharse a la plaza a comer pipas con las amigas. Antes de irse con ellas, se suelta el pelo negro, para trabajar siempre se lo ata en un moño mal hecho. Se mira al espejo y nota que tiene arrugas alrededor de los ojos y en la comisura de la boca. Se imagina como sus compañeras, vieja y quejándose por todo, mientras arrastra un carrito lleno de ropa de cama limpia. Se pone un poco de rímel y de colorete y se va a la plaza, porque las conversaciones de sus amigas sí que le resultan interesantes.

Aunque solo las ve por las tardes, escucha sus voces durante todo el día en su cabeza. Repite chismes que ellas le han contado. Así se distrae mientras limpia los baños sucios. Cuando está con ellas en la plaza, se olvida de todo lo que ha pasado durante el día. A ella también le gustaría tener cosas interesantes que contar, pero como no las tiene, las escucha con atención.

—Pues tía, Zoraya perdió ya la virginidad con el novio —dice una tirando las cáscaras de las pipas al suelo.

—Chacha, eso se veía venir. Lo raro es que no la haya perdido antes.

Y todas se ríen, con miedo a ser las siguientes en estar en boca de todos. A que las madres y las abuelas las vean detrás de la plaza besándose con alguno y empiece el chismorreó. Que si está con el hijo de no sé quién, que dicen que es un pieza y ya ha dejado a más de una embarazada. Que hay que ver cómo está la juventud. Saben que quedar con chicos es estar en boca de todo el pueblo. Que tendrán que verse a escondidas en las huertas o detrás de las pencas, pero aun así les apetece enamorarse. Miran a los chicos de reojo cuando pasan fumando. Ojalá fuera yo la próxima, piensa ella, aunque no se lo dice a nadie.

Todas las mañanas le parece que el sol que baña el hotel es más luminoso que el de su pueblo. Los ingleses se tuestan en las hamacas. Rojos por un lado, blancos por el otro. Hablan alto y a veces le dicen cosas que no entiende y se ríen. Se dan codazos. Piden una

cerveza tras otra y ella, con las gotas de sudor resbalándole por la espalda, friega las que se les caen al suelo. Mientras, mira embelesada las rosas de los jardines, mucho más bonitas que las que cuida su madre. Entonces, antes de escurrir la fregona, lo ve de refilón por primera vez. Lleva también un uniforme blanco, pero a él no le resbala el sudor por la espalda. Poda, ágil, las ramas secas de las plantas. Es tan moreno que resalta entre la blancura del hotel. Ella se seca el sudor de la frente con la mano, que ya empieza a olerle a lejía, y lo mira. Como una descarada, diría su madre. Embobada, no oye las risas. Solo el golpe de un cuerpo al caer en la piscina. Siente el agua fría, llena de cloro, bañarle el cuerpo. Del susto, grita y tira la fregona al suelo. Los ingleses se ríen aún más alto. Aquellos cuerpos rojos brincan y se remueven en el agua. Celebran haberla empapado. A ella le escurre el agua por el pelo. El chico moreno suelta las tijeras de podar. Ella recoge la fregona y no se mueve.

—¡Ay, Dios! ¿Estás bien? —dice él apartándola del borde de la piscina.

Ella lo mira: tiene los ojos oscuros y el pelo negro. De fondo, los ingleses gritan como si estuvieran en un partido de fútbol.

—Sí, sí —dice mientras nota cómo le sube el calor a la cara.

—Yo no sé de dónde salen estos tíos. Son animales —dice él bajito.

La gobernanta llega y se echa las manos a la cabeza.

—Te empaparon toda, mi niña. Ya te acostumbrarás. A estos les encanta tirarse a la piscina de bomba y mojarnos a todas. Vamos, que te doy un uniforme seco. No te quedes ahí parada, que hay mucho que hacer.

La agarra del brazo, y la separa de él y de su olor a rosas. La gobernanta lo mira fijamente, como si hubiera cometido un pecado al ayudarla. Ella arrastra los pies mojados, avergonzada. Él le dice adiós con la mano y vuelve a su trabajo en los jardines.

Aquella tarde regresa a casa pensando en sus brazos morenos podando las plantas. Ya se ha olvidado de la vergüenza y de las risas

AGRADECIMIENTOS

A mi madre y a Sofi, las primeras lectoras de estos relatos y de otros tantos. A mi padre y a mi hermana, porque siempre están, lejos pero cerca. A toda mi familia, que siempre me ha apoyado en este camino y en todos.

Gracias a mis amigos, eternos, que han sido parte de este proyecto y de todos los demás: Marisa, Lucía, Tania, Fer, Patri, Nerea, Leslie, Carmen, Alvarito y Chari. A Leticia Bianca, compañera de fatigas, por leer estos cuentos con tanto mimo y tantas ganas.

A Fernando Clemot por confiar, por su lectura y sus comentarios, por tenderme la mano, por su generosidad.

A todas aquellas personas, que han sido muchas, las que me han empujado y animado a seguir adelante. Ellas saben quiénes son.

Gracias a Pepitas, por el cariño y la paciencia con la que hacen sus libros.

A Guille, por estar, aquí y siempre. Parte de este libro es también suyo.